

El doctor Andrade abre el libro y comienza a leer en alto. El sol de la tarde atraviesa las persianas y dibuja haces oblicuos sobre la raída alfombra. A pesar de que la ventana está abierta y que una suave brisa estremece los visillos, flota en la estancia un calor excesivo y pegajoso. Sentado a horcajadas en una silla situada en un rincón del consultorio, Mechón escucha atentamente las palabras del doctor. El muchacho parece llevar la desconfianza grabada en cada uno de sus gestos y palabras. Escruta con ojos meticulosos al doctor mientras éste lee la historia de la esposa de Intrafenés, que postrada ante el rey Darío, suplica por la vida de sus parientes condenados a muerte. Tanta es la insistencia de la mujer, lee el doctor, que el rey finalmente accede a revocar la condena a uno solo de los reos. La esposa de Intrafenés debe elegir quién se salva. ¿Su esposo, sus hijos, sus hermanos? Llegados a este punto, el doctor Andrade aparta la vista del libro de Heródoto y lo cierra.

—¿Te gustaría saber cómo acaba esta historia, Mechón? ¿Sí? Bien, pues si quieres saber a quién decide salvar esta mujer deberás descubrirlo por ti mismo, amigo.

—No sé leer—responde el muchacho con un avinagrado refunfuño—. Está cansado de saberlo.

—Yo puedo enseñarte.

Mechón se incorpora, vuelca la silla y abandona el consultorio no sin antes dar un portazo que hace temblar los cimientos de la casa. El muchacho atraviesa la pequeña plaza y encamina sus pasos hacia el puente. Se siente burlado. Percibe en la actitud del médico una estafa constante y eso es algo que lo acalora. Cada oferta de lectura de Andrade es una trampa, piensa, una oportunidad para echarle en cara su analfabetismo. Lo lógico sería declinar el ofrecimiento del doctor y de este modo evitar la humillación, sin embargo hay algo fascinante en esas historias de reyes despiadados, en las andanzas de guerreros valientes, en la descripción detallada

de batallas y animales que él nunca ha tenido oportunidad de contemplar. Bien es cierto que Andrade las deja siempre inconclusas en el mejor momento y que eso lo llena de frustración y enfado, pero el poder de seducción del libro acaba por hacerle olvidar que el médico siempre le hurta lo mejor de la historia. Desciende por un estrecho camino de tierra y se sienta sobre una roca en la orilla del río. ¡Cabrón!, grita con voz ronca y el corazón envenenado. ¡Cabrón! Saca la navaja del bolsillo y comienza a clavarla impetuosamente en el tronco de un chopo. Siempre haces lo mismo, te guardas lo mejor para joderme. La hoja de la navaja se parte. Mechón observa la empuñadura inútil en su mano. ¡Joder! La lanza al agua y observa como desciende hasta posarse en el lecho limoso del río. ¡Me las vas a pagar todas juntas, hijo de puta!

El doctor Andrade suspira resignado. Deja el ejemplar de Heródoto en el suelo y conecta la radio. Las noticias siguen siendo confusas. Se habla del avance de las tropas rebeldes del general Franco en el sur del país, de enfrentamientos en Andalucía, de levantamientos en Madrid. La República está amenazada, menudean las adhesiones a la causa rebelde aunque no faltan quienes sostengan que en cuestión de días, semanas a lo más, se restablecerá el orden. Sin embargo el ambiente se ha enrarecido y se vive en una calma engañosa, como si una enorme fuerza de destrucción permaneciese replegada momentáneamente sobre sí misma, contenida, a la espera de una señal para revelarse en toda su magnitud. Suena un viejo pasodoble en la radio, canta una mujer de voz nasal y monocorde, y el doctor decide apagarla. La alegría simple de la canción adquiere un tinte siniestro, algo tan estremecedor e inoportuno como una carcajada en un funeral. Abre la vitrina, coge una ampolla y el estuche de cuero cuarteado donde guarda la jeringuilla. Afloja en nudo de la pajarita y regresa al

diván. Apenas diez minutos más tarde el doctor Andrade siente la cabeza leve como una burbuja. La realidad adquiere una cualidad dúctil, vaporosa. Mientras duren los efectos del veneno, el mundo será un lugar menos hostil. Quizás pueda conciliar un sueño breve, sin recuerdos ni pesadillas que lo enturbien. El tañido de una campana atraviesa la ventana abierta y su eco viene a morir en el fondo del corredor. En la calle, un sol pleno y rabioso calcina las casas del pueblo. El médico fija la mirada en un punto indeterminado del techo y pronuncia un nombre con la dilación de quien acaba de descubrir la sonoridad de una palabra hermosa. Amalia. Y con el ensalmo del nombre la memoria se aclara y el recuerdo de un rostro y una voz acuden para hacer más tolerable la inmensa soledad en la que vive. Amalia, repite.

A Mechón se le desprecia del mismo modo que se le teme. El padre regresó un día del campo, entró en casa con un hacha y mató a su mujer y su hija. Luego buscó una soga y se colgó de una viga de la cuadra. El niño regresó de pastar las vacas y se encontró con todo aquel horror desplegando ante sus ojos. Tardó aún un par de días en dar aviso de lo que había ocurrido en su casa. Nadie sabe lo que hizo durante ese tiempo. Una tía ya mayor que vivía sola en el pueblo y regentaba una mercería se hizo cargo de él. Mechón dejó de ser un niño sin que ningún vecino del pueblo alcanzase a tener claro en qué se había transformado. Había abandonado la infancia sin haber alcanzado la condición de adulto. Callado, hostil y receloso, fue creciendo encerrado en una campana hermética a la que nadie tenía acceso. Se había peleado con todos los chicos de su edad e incluso con mozos mayores y mucho más fuertes que él. Sin embargo, Mechón siempre ganaba y es que cuando se peleaba hervía dentro de él un odio que se transformaba en fuerza y que a su vez alimentaba una crueldad que no se detenía ante nada. No dudaba en recurrir a la navaja o fingir que se rendía

para al punto abalanzarse sobre la espalda del confiado contrincante. Don Blas, el maestro, lo expulsó de la escuela cuando aún no había cumplido los once años. Desde entonces vaga por las calles del pueblo, se sienta en la taberna de Pernas a escuchar las conversaciones ajenas sin intervenir jamás o desaparece en el monte sin que a nadie le interese qué hace o busca allí. Cuando no ronda por el pueblo, los vecinos respiran aliviados.

Dos años atrás, llegó al pueblo un médico nuevo. Alguien contó en la taberna de Pernas que el tipo era viudo. Había perdido a su mujer en un accidente de tráfico del que él había salido milagrosamente ileso. Alto, grueso y calvo, el doctor Andrade tenía modales de hombre de ciudad. Vestía con corrección impolutas camisas blancas y vistosas pajaritas y mostraba una amable condescendencia con sus pacientes. La noche que después de una pelea Mechón se presentó en su consulta con una herida abierta en la cabeza, el doctor Andrade le atendió sin hacer preguntas. Te va a doler, le advirtió el médico antes de proceder a suturarle la herida. El doctor Andrade había oído hablar de él, estaba al tanto de lo que había sufrido y de algún modo consideraba que había entre ellos una experiencia común de dolor. El recuerdo del cuerpo sin vida de su esposa atrapado en un amasijo de hierros en el fondo de un barranco posiblemente despertaban en él un tormento idéntico al que acosaba al muchacho. La diferencia entre ellos radicaba en el modo en que cada uno encaraba ese sufrimiento. El rencor y la agresividad de Mechón hallan su equivalencia en la apatía y amargura callada del doctor.

El padre Ortoño se asegura de que las ventanas del consultorio están cerradas, pregunta al doctor si hay alguien en la casa.

-No, estamos solos usted y yo.

-¿Está usted seguro?

—Segurísimo, padre—le asegura el médico—. Puede usted hablar con entera confianza.

El cura se planta frente a él, busca sus ojos antes de hablar. El doctor Andrade, incómodo, esboza una sonrisa.

—¿Ha venido por algún problema de salud, padre?

La pregunta no consigue disipar el gesto duro y preocupado del padre Ortoño, que se limita a negar con la cabeza.

—Ningún problema de salud, a Dios gracias—responde con esa voz rasposa de fumador empedernido que tan flaco favor presta a sus sermones en la iglesia.

—¿Entonces?

—Tiene que irse cuanto antes—declara el padre Ortoño con un acento áspero—. Debe abandonar el pueblo tan pronto le sea posible.

El doctor Andrade se sienta e invita al cura a hacer lo mismo. Separados por el escritorio, los dos hombres permanecen en silencio, observándose.

—Su presencia en mi casa le compromete.

—Me consta—reconoce el cura acompañando las palabras con un enérgico cabeceo—. Pero es mi obligación prevenirle.

—¿Obligación?—el doctor Andrade enarca las cejas en un gesto de fingida sorpresa.

El padre Ortoño se revuelve incómodo en su silla, no está su ánimo para sutilezas. Ha venido a dar un consejo y su propósito es hacerlo del modo más directo y claro posible.

—Escúcheme bien, Andrade, le considero a usted un hombre cabal y doy por hecho que es consciente de lo que está sucediendo en este país, así que me dispensará de hacerle un relato pormenorizado de los riesgos que corre si no se va.

—Le recuerdo que tengo un compromiso con este pueblo, con el ayuntamiento que paga mis honorarios...

—Marcelino se ha ido ya—le ataja el cura.

Andrade hace un esfuerzo para que la expresión de su rostro no delate la sorpresa que le causa la noticia de la huida del alcalde.

—Ayer a la noche metió a su mujer y a sus hijos en un coche y se marchó—dice el padre Ortoño—, y usted debe hacer otro tanto. Váyase mientras aún esté a tiempo.

Dicho esto, el cura se levanta y se dirige a la puerta, seguido del médico. El padre Ortoño se asoma al exterior de la vivienda y con ojillos de hurón escruta la oscuridad de la calle para asegurarse de que nadie pueda verlo.

—Gracias, padre—dice el médico.

Una polilla se cuelga por el resquicio abierto de la puerta y revolotea enloquecida alrededor de la lámpara del recibidor.

—Lo tengo a usted por un buen hombre, Andrade, aunque permítame que le haga una confidencia. Estoy seguro de que sus ideas lo condenarán al fuego eterno. Así que haga caso de mi advertencia y concédase tiempo para corregirse—la boca del cura exhibe la vacilación de una sonrisa que viene a moderar la crudeza de su afirmación—. Cuídese, doctor—añade antes de desaparecer con paso apurado en la oscuridad de la noche.

Andrade regresa al consultorio y se sienta frente al escritorio. Las palabras del cura le provocan desazón. ¿Irme? ¿Por qué? No se siente amenazado. ¿Qué ha hecho él para merecer el odio de nadie? Ciertamente que ha participado en mítines agraristas, que se había ofrecido a acompañar durante dos jornadas a un diputado de Izquierda Republicana que había sido compañero suyo de facultad, también ha apoyado las reivindicaciones de un sindicato agrario con implantación en la comarca. ¿Son estos motivos suficientes para despertar la animadversión de sus vecinos? La reacción del alcalde se le antoja exagerada, innecesaria también, fruto de una precipitación y un miedo que él está lejos de compartir. Los españoles han optado por sacudirse viejos yugos. Hombres y mujeres se implican desde diversos ámbitos en la regeneración

del país. Ilusión y esperanza son palabras que están en boca de todos. Andrade no es un idealista ni un ingenuo, pero es consciente de que es preciso comprometerse y eso es lo que él ha hecho, con moderación y sentido común, sin buscarse enemigos. Agradece el interés del padre Ortoño, pero no se moverá del pueblo, porque hacerlo sería claudicar, renunciar a unos principios en los que no puede ni quiere dejar de creer. No se tiene por un hombre valiente. De hecho reconoce para sí mismo que su modo de enfrentarse a la muerte de su esposa resulta evasivo y tortuoso, pero aún conserva un mínimo de dignidad para saber que su obligación es permanecer allí. No, no me iré, dice Andrade para sí mismo.

Son las ocho de la tarde cuando el médico regresa a casa. Ha sido llamado para atender un parto. El cansancio le pesa como un lastre en el cuerpo. Tres largas horas ha tardado en llegar al mundo la pequeña. Eugenia, respondió la madre cuando él le preguntó cómo iba a llamarse, ¿qué le parece? Hermoso, dijo Andrade, es un nombre de reina. Empuja la puerta y se detiene en el umbral de la consulta con el maletín aún en la mano, barrido por una paralizante sensación de sorpresa. La vitrina donde guarda las medicinas y sus útiles ha sido reventada y los cristales están esparcidos por el suelo. No queda ni un solo frasco ni ampolla que no haya sido destrozada. Tampoco se ha salvado del estropicio el contenido de sus cajones. Flota cuajado en el aire un intenso olor a medicinas, pero Andrade no se molesta en abrir la ventana para airear el cuarto. Entra y toma asiento en el diván. Un tedio inexpresable se apodera de él. La tormenta ha estallado por fin y por lo visto él está llamado a ser una víctima. Está tan cansado que no es capaz de enfrentarse a lo que a todas luces es una amenazante advertencia. Recuerda las palabras del padre Ortoño y ha de admitir que no se equivocaba el cura, pero el anhelo de abandono es tal, que tan pronto afloran en su

memoria se desvanecen sin conseguir siquiera alarmarlo. Se siente repentinamente envejecido, exhausto. Afortunadamente en su maletín quedan dos ampollas intactas y la jeringuilla. Es cuanto desea en ese momento. Las sombras se espesan y resbalan con una densidad de melaza sobre las paredes. La noche acecha y pronto los límites del cuarto se diluirán en la oscuridad. Una vez encontrada la vena, Andrade empuja el émbolo de la jeringuilla hasta el fondo y se recuesta. En cuestión de minutos alcanzará ese estado de calma y abandono que lo pondrá a salvo de todo. Quizás vengan esta noche, o mañana, qué importa, porque lo que tiene claro es que su suerte está echada y poco importa lo que haga. El cepo se ha cerrado sobre él. Está a punto de abandonarse al sueño cuando sus ojos tropiezan de casualidad con el libro. El viejo ejemplar de Heródoto yace mutilado en un rincón, desgarrado, con las tapas arrancadas y buena parte de sus páginas convertidas en bolas de papel. ¿Era necesario?, se pregunta incapaz de reunir las fuerzas necesarias para recoger el libro y tratar de recomponerlo.

El sonido de un motor se introduce en la modorra de Andrade. Solo cuando percibe unos pasos apresurados alborotando el silencio de la casa se da cuenta de que el rumor no es parte del sueño, sino algo real, tanto como la presencia de los tres individuos que irrumpen en el consultorio. A dos de ellos los conoce, el tercero, el que lleva una pistola en la mano y viste camisa azul, correaes y botas de media caña, no lo ha visto nunca. Un tipo de la villa, quizás, un carroñero que sabe mantenerse al acecho hasta que sabe llegada su oportunidad.

—Vamos, levántese—le ordena haciendo un gesto perentorio con el revólver.

Andrade observa a los tres sin inmutarse, como si su presencia allí no supusiese sorpresa alguna, ni siquiera una amenaza. Ante la falta de reacción del doctor, el hombre de la



camisa azul ordena a los otros dos que lo lleven al coche. Desde la pasividad más absoluta, Andrade consiente en que lo saquen de casa a empujones.

—¿Adónde vamos, Mechón?—pregunta Andrade, sentado en el asiento posterior del coche, entre el muchacho y Tomás Bouzas, el secretario del ayuntamiento.

Pero Mechón no responde. Aparta la mirada y contempla las fachadas oscuras de las casas mientras el vehículo avanza en dirección a la salida del pueblo.

—Vamos a dar un paseo—anuncia el hombre de la camisa azul, que conduce con un cigarrillo colgándole de un extremo de la boca.

Andrade cierra los ojos. A su conciencia se asoma una idea que le provoca una punzada de tristeza. Una premonición que parece vaciarle por dentro. No es la inminencia de su muerte lo que le preocupa, ni la oportunidad perdida de salvarse por no haber hecho caso al padre Ortoño, sino la certeza de que se ha inaugurado un tiempo en el que el terror campará a sus anchas, sin contención, y que en este período de impunidad no faltarán víctimas inocentes en las que expiar odio y resentimiento de los que en absoluto son responsables. Un tiempo, piensa Andrade, propicio para los verdugos más que para los enemigos, porque la enemistad requiere ser cultivada, sostenida, aunque sea precariamente, con un razonamiento, no así el simple deseo de matar, que se basta a sí mismo para concretarse.

El coche abandona la carretera y se interna por un camino sin asfaltar. Avanza cien metros traqueteando y se detiene. Los cuatro hombres descienden del vehículo. El de la camisa azul le entrega el revólver a Mechón.

—Todo tuyo—le dice socarrón—. Pórtate como un hombre.

Andrade camina, oye los pasos del muchacho un par de metros detrás de él. Una brisa suave hace crepitar las ramas de los árboles. El doctor levanta la vista. En lo alto del

cielo palpita una inmensa luna blanca y estrellas diminutas que brillan como astillas de hielo. Caminan sobre guijarros y ramas secas que se parten bajo sus pies. Mechón le ordena detenerse.

—¡Arrodíllese!—le exige con una voz aguda y mal convocada.

Andrade no obedece. En lugar de arrodillarse se da media vuelta y se encara con el muchacho, que le sostiene la mirada con unas pupilas agudas y rápidas de ave asustada. Mechón crispera los dedos en torno al arma. Traga saliva ruidosamente. Ni un niño, ni un hombre. Un ser desvalido. Otra víctima, pero sin conciencia de ello siquiera.

—La esposa del rebelde Intrafenes, ¿te acuerdas de esa historia, Mechón? La mujer a la que el rey Darío le dio la oportunidad de salvar a un solo miembro de su familia.

Mechón no alcanza a comprender por qué le habla Andrade de ese asunto. ¿Se estará burlando? Se siente confuso. El médico no parece asustado. De hecho se muestra sereno y habla con un tono cansado, con la voz reducida a un susurro, como si no quisiera que los otros dos hombres oyesen ni una sola palabra de lo que dice.

—Escogió a su hermano—le revela Andrade—. No a su marido ni a sus hijos, sino a su hermano.

—¿A qué esperas, chaval?—le urge el hombre uniformado a Mechón—. Despáchalo ya, joder, que no tenemos toda la noche.

Mechón alza el revólver y coloca el cañón a escasos centímetros de la frente del médico, que reúne toda la voluntad que aún le queda para no cerrar los ojos. Transcurren un par de segundos. En la espesura del bosque ulula una lechuza.

—¿Por qué escogió a su hermano?—pregunta el muchacho estremecido.

Andrade se encoge de hombros y permite que sus labios se plieguen en una sonrisa.

—Eso tendrás que averiguarlo tú.